

Demonios quisquillosos

Alexis Cuzme

Premio de Narrativa 'Nela Martínez' 2022

Demonios quisquillosos

© Alexis Cuzme

La obra *Demonios quisquillosos*, de Alexis Cuzme, Manabí, ganó el Premio ‘Nela Martínez’ de Narrativa 2022, de la Sede Nacional de la Casa de las Culturas y se imprimió con el apoyo de la Prefectura de Pichincha.

Fernando Cerón Córdova

PRESIDENTE DE LA SEDE NACIONAL

David Larriva Regalado

DIRECTOR DE PUBLICACIONES Y EDITORIAL

EDICIÓN:

Diego Chamorro

CORRECCIÓN DE ESTILO:

Cristina Morales Ruiz

DISEÑO GRÁFICO Y DIAGRAMACIÓN:

Tania Dávila López

Natalia Monard Guzmán

DISEÑO DE PORTADAS:

Fernando Murgueitio

Primera Edición

ISBN: 978-9942-34-090-0

IMPRESIÓN: Fondo Editorial CCE



Casa de las Culturas Ecuatoriana Benjamín Carrión
Avs. Seis de Diciembre N16-224 y Patria
www.casadelacultura.gob.ec
Quito-Ecuador



Demonios quisquillosos

Alexis Cuzme

Prólogo

Dedicado a la Doncella de hierro

Se oye comentar a la gente del lugar:

«Los rockeros no son buenos».

Si no te portas bien,
te echarás pronto a perder
y caerás en el infierno.

Si has de vivir en el valle del rock,
te alcanzará la maldición,
nunca tendrás reputación.

¡Qué más da!
¡Mi rollo es el rock!

Pensar historias a través de la música. Propiciar experiencias a partir de un género musical oscuro y elaborado como el metal (en sus vertientes más extremas: death, black, doom; en su mayoría), pero que se instaure con determinación desde las pasiones más acérrimas. Estas deben ser las premisas que se pueden denotar de la lectura de *Demonios quisquillosos* de Alexis Cuzme.

Para muchas personas el metal puede significar algo mínimo: estridencia, sonidos guturales, descontrol y violencia, alusiones demoníacas; pero para un verdadero metalero es la identificación con el mundo, su manera de relacionarse con él, su forma de vida. En este libro de Alexis Cuzme encontramos toda una simbiosis decantada por los *riffs* de las guitarras a su máxima potencia, con el grito en el pecho y las experiencias que sugieren toda una vida a través de casetes, discos, conciertos, 'puertazos', de-

cepciones amorosas, encuentros con el diablo, puñetazos, *mosh pit*, sexo, drogas y rock and roll.

Los cuentos de *Demonios quisquillosos* emergen como una descarga pesada de nostalgia de muchas vivencias, historias y letras de canciones que reviven en su significación con el encuentro de la palabra.

Los metaleros llevan tatuada la marca de la bestia, pero así mismo, acompañan su propia maldición con su creatividad y elocuencia. En este caso particular, el libro de Cuzme no se queda en la mera anécdota (que es una buena parte del libro, desde un lado positivo), sino que se percibe un trabajo consciente de las operaciones narrativas en su proceso de escritura. Además de sumar una dosis de naturalidad orgánica en el tono que maneja y que deja llevar la narración, a un espacio común y sensible: la condición humana.

Vas sin afeitado, dice el *sheriff* del lugar.
Y, además, con tías buenas.
Dicen que fumar es pecado y es mortal,
y al infierno te condena.

Si he de escoger entre ellos y el rock,
elegiré mi perdición,
se que al final tendré razón.
Y ellos no. ¡Mi rollo es el rock!

Soledad e infierno; parecería que la vida del metalero se resignifica más bien en la muerte. Pero el metal construye su propio entorno de vida en cada uno de los personajes de este libro, constituyen un agenciamiento de voces, sentimientos, lamentos, pensamientos, vidas y muertes que gritan en el espesor de la noche en función de los demonios como Nyarlathotep en compañía de dos flautistas ciegos.

La cultura del rock y del metal anteceden sus premisas, rompiendo reglas y normas, pero así también colocando bases muy fuertes en cuanto a sus planteamientos y sus ideas. No es una música desacompasada y rebelde, nada más. Es el desestabilizar sistemas de pensamiento y también generar cultura desde los márgenes sociales y epistemológicos. Este libro busca una reflexión intensa acerca de una tribu que camina por las calles y que levanta la mano en símbolo de cuernos para reconstruir su historia, un grupo social que convive y lucha en las calles de una ciudad silente que en sus bajos fondos escucha el llamado del metal.

Damos bienvenida a estos *Demonios quisquillosos*.
Bienvenidos al infierno.

Que risa me da esa falsa humanidad,
de los que se dicen buenos.
No perdonarán mi pecado original,
de ser joven y rockero.

Si he de escoger entre ellos y el rock,
elegiré mi perdición.
Sé que al final, tendré razón.
Y ellos no. ¡Mi rollo es el rock!

Barón Rojo, *Los rockeros van al infierno*.

Diego Chamorro,
Editor
Casa de las Culturas

Tengo miedo, no soporto que mi propia
obra me desnude.

JOHN FANTE,
Espera a la primavera, Bandini

Olor a muerte

Deicide me suena idéntico a sus álbumes: blasfemo en su decir, caótico en su postura anticlerical. Por eso, desde que empezaron a tocar, no paré, junto a Rubén, de moshear y aplaudir cada uno de sus himnos. Era la segunda vez que llegaban al país y nunca aburrían. Cómo podría, esa música oscura para elegidos.

Glen Benton, desde su bajo y voz, era una especie de sacerdote maldito, impartiendo desde su estrado-escenario el peor de sus sermones: despertar y mirar a las religiones regocijándose con los más débiles, aprovechándose de los incautos, parasitando gracias a todos los ilusos del mundo. Amén, Glen.

Una hora bastó para sacudir nuestras cabezas, beber, fumar y darnos todas las señales de que los cuerpos necesitaban el contacto definitivo, que debíamos pasar de los besos y toqueteos.

Nos despedimos de cuanto conocido encontramos a la salida del concierto, dijimos sí a todas las reuniones que se empezaban a armar en la casa o departamento de alguien, que iríamos por unas botellas, que pronto los alcanzaríamos. Y siempre los cuernos alzados para confirmar que lo de nosotros no era un pastiche de moda, porque veníamos de años conectados a todo esto.



El taxi nos dejó en el motel más cercano. Mientras subíamos las escaleras tropezamos un par de veces, reímos, nos mandamos mano. Entramos y nos lanzamos a la cama.

Desesperación y palpitaciones incontrolables, el ambiente debía soportar todo lo que se venía.

Nos desnudamos con salvajismo. Intenté besarlo, pero se agarró a mi entrepierna con ansiedad. Cuando creí que ya era el momento de sentirlo sus palabras me dejaron sin piso:

—No puedo.

Dos palabras que han arruinado la noche. Dos palabras para deshacer hasta la ilusión más fuerte. No quiero responderle, no quiero mirarlo, no quiero que sus dos palabras existan, quiero que se calle y que haga lo imposible para volver esta noche inolvidable.

Agarro su cabeza y la vuelvo a poner sobre mi entrepierna. Que su mirada no me alcance. Que su lengua me hable desde otro centro. Que todo lo que ahora me diga resuelva la estática. Eso quiero.

—¿No te excito? ¿Es eso? —lo encaro, luego que ha dejado de lamerme y agotado jadea cerca de mis piernas.

—Claro que sí.

—¿Y entonces?

—Creo que he bebido mucho.

El peor de los amantes, eso es. Un pelele, un simplón, un blandengue. Por qué simplemente no tenía un botón entre los testículos para encender o apagar; un control remoto para subir o bajar la intensidad; un algo para mantener el tiempo deseado...

Pero me tranquilicé, le obsequié la mejor de mis sonrisas, la que dice «no pasa nada, te entiendo». A veces el estrés, la ansiedad, los tragos, el tabaco...

—¿Has considerado tomar viagra?

—Nunca, sí puedo con todo.

—¿Sí?

—Hoy ha sido la excepción.

—¿Serio?

No dije más, contemplé por última vez su flácida vergüenza y le dije que sería mejor que nos fuéramos, que aún alcanzábamos alguna de las reuniones, porque Deicide todavía retumbaba en mi interior, que quería conversar de la experiencia de los otros, de si también corearon *Serpents of the light* con el más gutural de los galillos.

—¿Estás bien?

—Claro, no pasa nada.

—Pero pusiste cara de decepción.

—Es tu imaginación.

Lo besé y calmé, le volví a decir que estas cosas pasaban, que mientras existiera comprensión todo se resolvería. Pero ahora lo que en verdad necesitaba era no verle la cara, salir de aquí, beber y olvidarme.

—La próxima será.

No dije nada a su esperanza; sin embargo, me conocía y sabía que si su próxima vez era otro chasco dejaría de aceptar sus invitaciones.

En el taxi le dije que necesitaba descansar, me acercó al lugar que fungía de mi hogar y me bajé.



La casa de Rodolfo, el organizador del concierto, quedaba en el centro. Después de llegar me presentó a la banda que bebía como si se encontraran en su propio hogar. Saludé a todos, de último a Glen, que me contemplaba con ese rostro único de asesino en serie, una especie de Manson con el cabello alborotado.

—Ella es Melisa, la autora del reportaje en *Maquiavélica*.

—Oh, genial.

No era necesario, pero en el fondo le agradecí. Le dije que además de ser reportera también tocaba el bajo en un

proyecto de banda junto a unas compañeras. Lo nuestro era el death, incipiente y en pañales, pero era mejor que cualquier otra cosa.

Era raro estar frente a él, sobre todo porque hace poco había cumplido los 33 años, y recordaba aquella entrevista de joven en la que decía que a esa edad se suicidaría en una especie de afrenta contra Jesús y Dios; se mataría para demostrarle a todos los creyentes que él tenía poder sobre su vida y no estaba subyugado a nadie.

Ahora estaba por cumplir los 34, cuatro años más que yo, y cada vez, en entrevistas, ante la pregunta de por qué seguía vivo, respondía lo mismo: que vivir era otra manera de batallar contra el sometimiento de las religiones, que era su forma elegida para atacar a todos los débiles.

Primero fueron las risas y luego contemplar el montón de botellas vacías que nos acompañaban para reconocer que había bebido demasiado, pero no quería parar, era un momento único y se debía aprovechar hasta donde más se pudiera.



Lo escucho darme órdenes de posiciones, me dejo llevar. Jadeos de ambas partes. Jadeos y nuevas órdenes. Embestidas, nalgadas. Al final un jadeo que lo estremece y me contagia.

Jamás tuve ninguna clase de sueño húmedo con él. Ni siquiera cuando empezamos nuestra charla, hace algunas horas, se me cruzó la intención de esto. Y, sin embargo, ahí estamos, encerrados en una de las habitaciones de la casa de Rodolfo. Agotados del contacto. Sonriendo por lo ocurrido.

Me dice que le cambie de condón y se la chupe y luego me ponga en cuatro porque quiere intentar algo más. Sonríe y le digo que ha estado intenso todo, pero que

deseo continuar bebiendo otro rato antes de irme. Me responde con una mala cara. Se sube el pantalón y sale de la habitación dando un portazo.

Cuando bajo, donde todos siguen bebiendo, lo veo en compañía de algunos tipos que intentan mamársela a punta de halagos. Busco algo para beber y salgo a fumar.



Envié una reseña en torno al álbum de una banda nacional a la revista *Maquiavélica*, que empezaba a gestarse; una semana después su editor me escribía que si me interesaba trabajar con ellos; que se trataba de una publicación seria y que necesitaban reporteros que supieran de metal. Dije que sí y me sumé a las directrices de la publicación. Era un sueño hecho realidad: escribir sobre lo que me gustaba. Me asignaron a la sección de metal extremo, ahí donde habitaban el grind, death y black.

Cuando anunciaron la llegada por segunda ocasión de Deicide al país, me encargaron un reportaje con todo lo que la banda había publicado hasta entonces. Me conocía cada uno de sus álbumes, desde el homónimo de 1990, pasando por el *Legión* (1992), *Once Upon the Cross* (1995), *Serpents of the Light* (1997), *Insineratehymn* (2000) hasta el más reciente: *In Torment in Hell* (2001) con el que se encontraban de gira.

Se trató de escuchar y sentir cada uno de los momentos más álgidos de su obra. Entender a los hermanos Hoffman en su lid desde las guitarras. A Asheim aporreando con furia esa máquina llamada batería. Y a Glen desde su odio cavernoso. El resultado fue un texto que alabó tanto el editor como los lectores, así lo entendí por las ventas de ese número.



Di las gracias a Rodolfo por la invitación y subí al taxi que me esperaba. Debía estar temprano en la revista para escribir sobre el concierto, y tal vez algún otro dato filtrado y más subjetivo de lo vivido.

Quizás, mañana, llamaría a Rubén, para vernos en un par de días y salir; sin tragos, sin excusas. Porque la vida se trataba de eso, de aceptar las decisiones, de cumplir cada una de sus promesas y no andar por el mundo justificando la cobardía. Tal vez solo tenía que hundirme en mi cama y desaparecer de la realidad; bañarme y quitarme el olor a muerte. Quizás.

Territorio prohibido

Amigos que leen esto, hago público que el señor Raúl Vortexgore ya no pertenece a Cancerinozafobia, donde colaboró por el lapso de dos años en la interpretación y la vocalización de varios de nuestros temas que constan en nuestro álbum Split con los hermanos asiáticos de Bloodfire.

Hago esta aclaración para desvincularnos de cualquiera de las acciones de este señor. Como banda solo apoyamos a nuestros integrantes oficiales, además, el señor en mención ha deshonrado a nuestra comunidad brutal death metalera.

Es lamentable que este señor, a quien se le dio la mano en sus peores momentos personales, a quien acogimos como un hermano, no solo integrándolo a nuestra banda, sino ofreciéndole trabajo cuando lo necesitaba, nos haya traicionado. Sus acciones, para todos nosotros, representan una traición e infamia imperdonables.

Por todo lo anterior, quienes integramos Cancerinozafobia dejamos asentado que el señor Raúl Vortexgore no guarda ninguna relación con la banda ni la comunidad musical a la que pertenecemos.



Daddy Yankee, Wisin, Yandel, Nicky Jam, Ozuna, Maluma, Bad Bunny... sonaban bien. Me explico: es cierto que su música era sexista, misógina, vacía, vulgar y un largo etcétera, pero comparadas con el metal, sobre todo con el brutal death metal o slamming brutal death metal, tenían puntos de conexión que en algún momento me despertaron interés.

Ese interés terminó en la interpretación de estos temas, pero con el toque brutal death metal, es decir, utilizando voces guturales en reemplazo de las voces limpias de los temas originales. Eso como primer paso, porque mi intención era la de descomponer algunas de las canciones más representativas de este género y componerlas a partir de una nueva naturaleza, más agresiva.

No me metería con la esencia sexista y misógina, porque ese, a fin de cuentas, era el punto clave de existencia de esta clase de música. Porque si las personas, sobre todo mujeres, eran capaces de bailar y corear estos temas donde ellas se volvían víctimas de una sociedad machista, quién era yo para cambiar eso.



Raúl Vortexgore eres una vergüenza para el metal extremo nacional, deberías eliminar todos tus videos donde haces esa abominación. Nunca el metal debe mezclarse con porquerías. Pero gracias por delatarte, en el fondo, siempre supimos que eras un posser. Y para posser la escena tiene suficientes. Mal que con tus acciones manches el pasado que te vincula con Cancerinozafobia.



—¿Cannibal Corpse en reggaetón?

—Loquísimo, ¿no? He pensado mucho en sus letras y en las de estos grupos vilipendiados.

—¿No te parece exagerado?

—Para nada, creo que se trata de llegar al límite. Atravesar las fronteras. Fusionar. Radicalizarse desde ese terreno que nadie se ha atrevido.

—Pero no se lo ha hecho porque nadie imagina una mezcla así.

—Exacto.



Reguetonero Raúl Vortexgore, sabemos que te encanta esa música, tenemos videos donde disfrutas esta bazofia. Lamentamos haberte mostrado un camino oscuro de furia y vitalidad. No sabíamos que tus gustos eran otros. Ahora que ya te has delatado podrás cantar y bailar en paz junto a los tuyos. Solo te pedimos que cuando publiques tus «obras» tengas algo de respeto y no mancilles el nombre de las bandas de metal, así que no utilices camisetas de bandas, menos de las nacionales. Que Maluma guíe tu existencia.



Al principio, cualquier novedad siempre será rechazada en los más duros términos. Por acá no hay visionarios, todos quieren seguir la misma línea y esperan que sigamos sus pasos. Cuando todo es posible si la cuestión es arriesgarse, incluso a costa del propio pellejo.

Ayer finalicé un nuevo video, creo que a partir de esto ya no habrá frontera que sirva, que todos verán una nueva luz y que los oscurantistas (esas momias aferradas a sus ideas caducas) odiarán.

No soy el científico del ciempiés humano, pero El amo de las putas y Tego Calderón tenían una afinidad que entendí inmediatamente: los fluidos corporales. «Envuelta en su gula seminal» y «Pa' que retozen» mantenían una línea que